

*La flor que llora y El rescate del caballo
de santo Santiago, historias otomíes
(ya 'bede ñaño) de Mexquititlán, Querétaro*

Los textos otomíes que se presentan en este trabajo se inscriben dentro de lo que se denomina “literatura oral” o, más comúnmente, “tradición oral”; esta comprende los relatos “que se dicen en una determinada comunidad cultural, que los conoce y los tiene en su memoria” (Espino, 1999: 80) y que están inmersos en su historia y sus tradiciones. Las comunidades suelen considerar este tipo de literatura como un tesoro que ha pasado de padres a hijos, de generación en generación, a través de la palabra.

Los dos relatos que reproduzco a continuación los recogí en la comunidad otomí de Santiago Mexquititlán, municipio de Amealco, Querétaro, en enero de 2005 y en febrero de 2007. El primer relato fue proporcionado por Juliana González Ramírez (vecina del Barrio II del pueblo citado), y el segundo, por Leticia Lucio González (del Barrio V). Las entrevistadas son profesoras en escuelas de la región y dieron sus relatos tanto en otomí como en español. Aquí transcribo las versiones en español tal como fueron dichas por las entrevistadas, a excepción de los títulos, los cuales yo he asignado.

Clasificar relatos de la tradición oral es en sí misma ya una tarea difícil. Como lo señala Pedrosa, “es imposible establecer clasificaciones y jerarquías precisas, absolutas y unívocas dentro del campo dinámico y variable de la tradición oral y credencial (y de sus reflejos escritos y literarios) de cualquier pueblo” (Pedrosa, 2002: 31). A mi parecer, esta labor es más compleja cuando tratamos de clasificar la literatura indígena de acuerdo con los cánones occidentales.

A veces, los mismos narradores otomíes distinguen al que “sabe muchas historias” y cuando terminan de narrar es frecuente que digan “allí está su historia”. Cuando quieren precisar en español a qué género pertenece el relato, dudan en darle alguna categoría. Una de nuestras entrevistadas dijo: “les voy a contar un cuento, leyenda, en sí, no sé exac-

tamente qué es”, y la otra catalogó su relato como “leyenda” y “cuento”, indistintamente.

La expresión *ar 'bede*¹ en otomí se traduce como ‘cuento, historia, relato’, e incluso, ‘plática’, pues en esta lengua no se hace ninguna distinción entre géneros literarios. Es decir, *ya 'bede* son todas las historias narradas, verdaderas o ficticias, sin importar su clasificación, como son los relatos que me contaron.

La flor que llora hace referencia al maguey, planta de la cual se obtiene “la miel” para la elaboración del pulque, bebida que tiene gran aceptación entre los pueblos indígenas de México. Según Van de Fliert, todavía en tiempos de su investigación los otomíes consideraban sagrado el pulque, llamado *sei kwä* (Dios pulque). Debía ser bendecido antes de consumirse y no se ingería en grandes cantidades, ya que quien lo hacía no podía estar cerca del Dios (Van de Fliert, 1988: 110). Hoy las cosas han cambiado. En el centro de Santiago Mexquititlán, a un costado del templo católico del pueblo dedicado al santo patrono, una señora conocida como *La Charra* vende *ar sei* (pulque) a quien desee disfrutar la bebida, sin más reverencias ni ritos previos.

El rescate del caballo del santo Santiago, por su parte, cuenta las aventuras de un muchacho que, buscando a su hermana, rescata el caballo de Santiago apóstol, patrono del pueblo, que había sido robado por el diablo. La historia está compuesta por una serie de sucesos maravillosos que se van hilvanando uno a uno y van sorprendiendo a la audiencia según se va resolviendo cada un suceso del relato.

La historia del rescate del caballito de Santiago está ligada a la religiosidad popular mexicana. La imagen del santo montado en su blanco corcel es muy exitosa en nuestro país, y la montura, en algunos lugares, recibe más veneración que el santo.² El 25 de julio, día de Santiago, es la fiesta más celebrada por la comunidad de Mexquititlán. Desde el tiempo de los abuelos y hasta hoy, los pobladores festejan a su patrono con danzas

¹ En el idioma otomí el artículo determinado y el número en singular es *ar* y en plural, *ya*.

² Véase al respecto Araceli Campos y Louis Cardaillac, *Indios y cristianos. Cómo en México el Santiago español se hizo indio*. México: UNAM / El Colegio de Jalisco / Itaca, 2007.

y fuegos de artificio, además de la música de violín y tambor y la misa solemne en la que le ruegan que les otorgue su bendición.

FELIPE CANUTO CASTILLO
Facultad de Filosofía y Letras, UNAM

1. [La flor que llora]³

Era una vez un joven, quería casarse; se va a la casa de la muchacha y le dice al papá:

– Vengo a pedirle la mano de su hija.

Y el papá le dice:

– Sí, dice, te voy a dar la mano de mi hija para que te cases con ella, pero quiero que me traigas la flor que llora.

Y el muchacho bien obediente se fue al campo donde había muchas flores, y entonces va de flor en flor escuchando a ver cuál era la flor que lloraba para traerle al señor, y ni una de esas lloraba; y entonces caminó lejos, caminó, y como no encontraba la flor ya se cansó y se sentó debajo de un árbol y así a descansar; en esos momentos llega un águila y le dice:

– Tú, ¿qué haces aquí?, le dice.

Y él le dice:

– No, estoy descansando, ya me cansé de estar caminando lejos.

Y el águila le dice:

– ¡Ah, sí!, dice, yo sé lo que buscas.

Y le dice:

– Sí, dice, estás buscando la flor que llora, pero aquí nunca lo vas a encontrar, aquí no hay. Vamos a hacer un trato, le dice, si tú me traes cinco pollos yo te traigo la flor que buscas.

Y le dice:

– Bueno, dice, pero, ¿cómo te voy a ver? ¿Cómo nos vamos a ver otra vez?

– No, mañana, dice, a la misma hora nos volvemos a ver aquí; tú me traes los cinco pollos, yo te traigo la flor que buscas.

³ Narrado por Juliana González Ramírez.

Y así el día siguiente regresa el muchacho con los cinco pollos y desesperado, pensando en que no iba a llegar el águila. Ya una vez estando allí, en el lugar ese, llega el águila y le dice:

— ¿Me trajiste lo que habíamos quedado?

Y le dice el muchacho:

— Sí, dice, aquí está, ¿y lo que yo te había encargado?

— No, pues yo también, dice, yo también te lo traigo.

Pero nunca le enseñó. Y ya le dice:

— Bueno, pues ya, allí están los pollos.

Y el águila empieza a comer los pollos que había traído, ya iba como a la mitad de pollo, se para el águila y se va volando, se trastumba en cerros,⁴ lejos. Y el muchacho pensó:

— No, dice, este animal me engañó, no me trajo lo que yo le dije, ya se comió mis pollos y no me trajo lo que yo le dije.

Se preocupó porque vio que ya se fue lejos, pensando de que ya no iba a regresar, y al regresar el águila le dice:

— ¿Ya fuiste por la flor?

Y le dice:

— No, dice, horita, yo me fui, dice, porque me estaba atorando del pollo, entonces fui a tomar agua en el mar.

Y esta vez se sentó a comer el águila lo que sobraba y le dice cuando ya terminó de comer los pollos, le dice:

— Ahora súbete, dice, en mis alas, vámonos, dice, yo te llevaré donde está la flor que llora.

Y el muchacho obedeció y se subió, y se fueron, que volaron lejos, trastumbando cerros, volaron lejos. Y entonces, al llegar allí donde estaba la flor que llora, le dice:

— Esta es la flor que llora.

Pero la flor que llora no lloraba, sino que era una mata de maguey, y le dice el águila:

— Esa es la flor que llora, llévatela, es la que te están pidiendo.

Y el joven otra vez empieza a escuchar que no lloraba, pero como le dijo el águila que era ese, se lo trajo, y le dijo:

⁴ *se trastumba*: 'volaba sobre los cerros'.

– Pues llévame adonde me trajiste o llévame a dejar allá.

Se regresaron, y lo deja en el mismo lugar donde se habían encontrado. Y después el joven va muy contento con su mata de maguey, llega a la casa del suegro y le dice:

– Esta es la flor que me pidió, dice, aquí está.

Y el suegro, pues ya sabía o quién sabe, pero le dice:

– Sí, dice, esa es la planta que yo quería.

Y ya le da mano de la muchacha con quien desea casarse el joven ese. Y la planta o la mata de maguey lo planta. Y el señor tenía animales, mataba; cuando mataba un borrego, la sangre que sacaba le echaba en la patita de la planta para crecer. Cuando mataba puercos, igual, la sangre que salía le echaban a la matita de la planta, o sea, la planta. Cuando mataban reses, igual; toda la sangre de los animales que mataban le echaba en la planta. Y así fue creciendo, desarrollando la planta hasta llegar en el momento de sacarle la miel, y ya sacándole la miel empiezan a hacer el pulque, y llega la gente a comprar y a tomar pulque en su casa del señor, y cuando se emborrachaba la gente se ponían a llorar. Y por eso la mata de maguey era la flor que llora, porque la hacía llorar a la gente cuando ya tomaba y se revolcaba en el lodo porque habían tomado del maguey de lo que había crecido, de la sangre del puerco, y gritaban como bueyes cuando ya están tomados. Y por eso le dicen que era la flor que llora.

Así quedó.

2. [El rescate del caballo de santo Santiago]⁵

Les voy a contar un cuento, leyenda, en sí no sé exactamente qué es; se llama *El caballo del santo Santiago*. Hace mucho tiempo, muchísimo tiempo ya, cuentan que quedaron huérfanos un niño y una niña. Vivían solitos, no quisieron ir con nadie de sus familiares, se quedaron allí solos. Crecieron, se hicieron la promesa de que no dejaría el uno al otro solo, que vivirían los dos juntos, siempre vivirían cuidándose uno al otro. Y así pasó el tiempo, hasta que la muchacha creció; era una mu-

⁵ Narrado por Leticia Lucio González.

chacha muy bonita y, pues, los muchachos la veían, iba toda la familia a pedirla y nada, iban y venían familias, muchachos a pedirla y nada, cuando llegaban y le decían al muchacho:

– Oye, deja que tu hermana se case conmigo.

O los señores le decían:

– Deja que tu hermana se case con mi hijo.

El muchacho decía:

– No, a mí no me pregunten nada, pregúntenle a ella, ella sabe, yo no.

Ya le preguntaban a la muchacha, y la muchacha decía:

– No, yo no quiero casarme, no me voy a casar, aquí estoy bien.

Y así, iban y venían y nada, no se casaba con nadie, hasta que una mañana el muchacho despertó, una madrugada despertó y su hermana... se dio cuenta que su hermana no estaba, la buscó, no la encontró, pensó que a la mejor se había ido al molino y así lo dejó: “no, lo más seguro es que se fue al molino y me voy a acostar otro rato, a lo mejor ya para cuando salga el sol ella ya va a estar haciendo sus tortillas”. Y ya se durmió el muchacho, se levantó bien tarde, la buscó y no lo encontró, se enojó mucho y dijo:

– No, ella se fue, no está aquí, seguramente los que vinieron a pedirla, las personas que vinieron a pedirla ayer se la llevaron, seguro eso fue.

Se enojó muchísimo y dijo:

– Si nos hicimos la promesa de que ni yo la, ni yo me casaba ni ella tampoco para estar siempre juntos, por qué se caso, por qué me dejó.

Bien enojado salió y recorrió cada barrio, casa por casa buscando a su hermana y pasaba allí donde vivían las personas que habían ido a pedirla, y le decían:

– Seguro te trajiste a mi hermana, ¿no está aquí mi hermana?

Las personas le contestaban:

– No, pues si no dejaste que tu hermana se casara, cómo íbamos a tenerla aquí; no, aquí ni la buscas, aquí no está.

Y le decían. Bueno. Se iba. Y en cada casa le decían lo mismo:

– No, aquí no está, si no la dejas que se case cómo la vamos a tener aquí; no, no la tenemos aquí, búscala en otra parte.

Y así recorrió todo Santiago, no encontró a su hermana, ya lo único que le quedaba era Ixtapa. Cruzó el río, el río Lerma, y se fue a, llegó a Ixtapa y empezó. Iba caminando allí tranquilamente hasta que apareció

un cuervo y le tapaba el camino, le cerraba el camino y, él, al principio, no le molestó, pero ya de tanto que le, que se le cruzaba en el camino, se enojó y le dijo:

—¿Qué quieres o por qué me estás siguiendo, por qué me tapas el camino?, dímelo de una vez.

Y el pájaro, pues, no hablaba, el cuervo no hablaba, seguía, y el muchacho siguió caminando, caminando hasta que, hasta que se fastidió, ya se enojó en serio y ya le gritó al cuervo, le dijo:

—¿Qué quieres o por qué me estás siguiendo?, dime de una vez.

Y ya, ahora sí habló el cuervo y le dijo:

—Yo sé qué andas buscando, yo sé adónde vas.

Y el muchacho le dijo:

—¿Tú sabes a dónde voy?

—Sí, vas a buscar a tu hermana.

—Sí, yo ando buscando a mi hermana, ¿sabes dónde está?, ¿tú la viste?

Y el cuervo contestó que sí.

—Sí, dice, yo sé dónde está, si quieres yo te puedo llevar, no te voy a dejar hasta allá donde ella está, es más, ella no va, de hecho, ella no va a regresar, no va a regresar, allá se va a quedar, ya probó de lo que hay en ese castillo donde lo llevaron, pero si quieres verla, te llevo.

—Bueno.

Y ya el pájaro iba volando a cierta distancia, se detenía para que el muchacho lo alcanzara, y así llegaron a las haciendas que estaban allá por Ixtapa, y le dice:

—No, pues aquí te vas a quedar, dice el cuervo, aquí te vas a quedar a descansar y pides comida, aquí te van a dar.

Y el muchacho obedeció, pero el cuervo le dijo:

—Yo quiero que pidas una mazorca para mí, de las más grandes que tengan pide una para mí, tú diles que tienes tu caballo amarrado aquí afuera, le pides e... la mazorca y me lo traes.

Y eso hizo el muchacho. Fue, pidió que le dejaran dormir allí, que le dieran de comer, pero primero pidió la mazorca, le dijo que tenía su caballo amarrado allí afuera y ya le dieron la mazorca. Regresó, se lo dio al cuervo, ya se metió, descansó. Y al día siguiente, muy temprano, se levantó, siguió su camino y otra vez apareció el cuervo y le dijo:

—No, a este paso nunca vamos a llegar, mejor súbete en mí y yo te llevo.

Y ya el muchacho obedeció, subió y se fue. Cuando estaban a cierta distancia del castillo, donde supuestamente estaba la muchacha, el cuervo le dijo:

—Yo hasta aquí te dejo, yo aquí regreso, tú tienes que seguir caminando, no puedo acercarme más, aquí te dejo.

Y el muchacho dijo:

—Bueno, dice, si está allá pues allá voy.

—Sí, dice, ¿ves esa casa grandota que está allá, esa que está bien bonita de allá?

—Sí, sí la veo.

—Ah, pues allí está tu hermana, allí la tienen, dice. Te voy a dar un consejo: cuando entres no pruebes nada de lo que te den, te van a ofrecer mucha comida, muchas cosas muy ricas, pero tú no las aceptes, no las vayas a aceptar porque si las aceptas ya no vas a regresar, te vas a tener que quedar allí también para siempre.

Y el muchacho dijo:

—Bueno, gracias.

Para eso llevaba un, una mochilita bordada⁶ y allí había guardado un taco, y le dijo:

—Y ese taco no te lo comas, guárdalo, y cuando te digan “come, come”, tú les vas a decir que no, que ya estás bien lleno y que hasta traes tu taco allí y se lo enseñas.

Dijo:

—Bueno, eso voy a hacer.

Ya llegó el muchacho, tocó la puerta y le abrió el diablo, se dio cuenta que era el diablo, abrió el diablo y le dijo, y el muchacho le dijo:

—Vengo a buscar a mi hermana, dice, que la trajeron y está aquí.

Y el diablo, muy amable, le dijo:

—Sí, pásale, siéntate, ahorita les hablo. Tú, tú, siéntate, pásale.

Y que le habla y le dice a su hijo:

⁶ La profesora Leticia hizo la aclaración previa de que se trataba del morral típico que usan los otomíes, bordado en punto de cruz con colores brillantes.

– Ven, que ya llegó tu cuñado, llegó, dice que anda buscando a su hermana.

Y ya vino el muchacho y le dijo:

– Pásale a la cocina, ¿no?, seguro vienes con hambre, vienes de lejos y seguro vienes con hambre, pásale.

Y le enseñó muchas cosas que se veían muy ricas, pero se acordó de lo que le había dicho el cuervo y no probó nada, y dijo:

– No, no, no, no, ya comí, gracias, ando muy lleno, mira, hasta me sobró un taco, lo traigo aquí en la mochila, mira, para que no veas que te engaño, no, ni hambre tengo.

Y no probó nada. Y ya vio a su hermana, vio a su hermana, y su hermana le dijo:

– No, pues, ya me vistes, estoy bien, aquí me voy a quedar, yo ya comí lo que hay aquí, ya me voy a quedar, ahora es decisión tuya, si tú te quieres ir o te quieres quedar, pero yo me voy a quedar aquí.

Y ya el diablo le dijo a su hijo:

– Ve, enséñale los tesoros que tenemos por ahí, enséñale las cosas que tenemos allí guardadas, ándale, a ver si se anima y se queda.

Y ya el hijo del diablo se llevó al muchacho y le, se llevó unas llaves. Y que iba abriendo una puerta y había mariposas; abría otra, había pájaros; abría otra, tenían muchos animales allí, muchas cosas muy bonitas que tenían guardadas en cada cuarto; y hasta que llegaron en un cuartito donde estaba un caballito débil, blanco, era blanco, muy bonito, pero se veía muy débil. Y en esos momentos el hijo del diablo se descuidó y le dio las llaves a su cuñado, le dijo:

– Mira, ten las llaves, ve viendo, dice, yo voy, horita regreso.

Salió. Y cuando iba saliendo que el caballo empieza a hablar, le dice:

– Oye, sácame de aquí. Yo te conozco, te conozco, tú vienes de Santiago, le dijo.

– Sí, sí, yo vengo de allá, pero ¿tú cómo sabes?

– Es que yo te conozco, yo también soy de allá, pero hace mucho tiempo que me agarró el diablo y me encerró aquí, y ahora no puedo salir, ya llevo mucho tiempo aquí. Ayúdame, sácame de aquí.

– No, pero, pues, si te saco nos matan o qué nos hacen, ¿qué tal si también a mí me encierran? No, mejor no te saco.

– Si tú confías en mí, yo te voy a llevar.

Y ya. Se animó el muchacho, le abrió la puerta y se escaparon. El diablo se dio cuenta que le habían robado su caballo, le grita al hijo:

— ¡Pero cómo se te ocurre darle las llaves y dejarlo solo? ¡Ya se llevó nuestro tesoro! ¡Ya se lo llevó!

Y ya salen muchos ayudantes del diablo a caballo, salen y, para, intentan atrapar al caballo y al muchacho. Y el caballo le dice al muchacho:

— No voltees para atrás, tú mira para adelante, pero para atrás no voltees, no vayas a voltear, escuches lo que escuches, pase lo que pase, tú no voltees.

Entonces ya namás se escuchaban muchos ruidos muy feos, pero siguió mirando al frente, y el caballo corriendo y no, no los alcanzó. Ya cuando estaban en Ixtapa, otra vez le dice el muchacho:

— No, como que ya tengo hambre, pero no traigo dinero, no tengo nada.

Y el caballo le dice:

— No te preocupes tú. ¿Ves esa hacienda? Tócale y dile al señor que vive allí que le apuestas en una carrera de caballos

Y el muchacho dijo:

— ¡Pero a poco voy a apostar en tu favor!, si tú estás muy débil y no, no creo que ganes; allí tienen caballos grandes, hermosos y no, no, la verdad no creo que ganes.

Y le dijo:

— No, sí, ¡confía en mí!, tú diles.

— Bueno.

Y ya el muchacho se fue y le dijo que le apostaba en una carrera contra, el caballo que traía contra el caballo de los hacendados. Y ya. Al principio todos se reían y decían:

— ¡Cómo ese caballo le va a ganar al mío! Ya lo viste, está hermoso, grande, y el que tú traes, pues, está muy chiquito. No, no, no, yo creo que no le, ¡si quieres perder!, pero eso sí, o pagas o aquí te matamos.

Y ya el muchacho, con miedo y todo, aceptó. Corrió, y el caballo blanco ganó, que era el caballo de Santiago, ganó. Y así fueron en cada hacienda tocando y diciendo que, apostando en carreras de caballos. Y sí, en todas logró ganar.

Entonces ya llegaron, ya anocheciendo, ya de madrugada estaban llegando aquí, llegaron al centro de Santiago.⁷ Y el muchacho con mucho dinero. Y ya el caballo estuvo dando vueltas allí en, y relinchando allí, alrededor del, la iglesia. Y la virgen que le dice a Santiago:

– Santiago, ¡despierta!, como que estoy escuchando a tu caballo; ¡despierta!, yo creo que ese es.

Y que Santiago decía:

– No, dice, si ese lo perdí desde hace tiempo, no, yo no creo que pueda recuperarlo. No, ese no ha de ser, ha de ser otro.

Y otra vez le decía:

– ¡Ándale! ¡Despierta! ¡Asómate! ¡Ese es!, se me hace que es tu caballo, ¡ándale!

– No, ese no ha de ser, ese ya lleva mucho tiempo perdido. No, ya no va a aparecer.

– ¡Oh!, que te asomes. ¡Ándale! ¡Asómate!

Y ya, que se levanta y se asoma. Y que sí, efectivamente era su caballo. Que a no ser por ese muchacho que se fue a buscar a su hermana y logró rescatar al caballo de Santiago, el santo Santiago estaría a pie y no tendría caballo como tiene horita su caballo blanco que tiene allí en el altar, que no lo tendría ahora.

Y allí termina.

Bibliografía citada

ESPINO RELUCÉ, Gonzalo, 1999. *La literatura oral o la literatura de tradición oral*. Quito: Abya-Yala.

PEDROSA, José Manuel, 2002. “La cultura de la oralidad”. En *La ciudad oral. Literatura tradicional urbana del sur de Madrid. Teoría, método, textos*. Madrid: Comunidad de Madrid, 11-86.

VAN DE FLIERT, Lydia, 1988. *El otomí en busca de la vida. Ar ñãñho hongar nzaki*. Querétaro: UAQ.

⁷ Se refiere a la iglesia del pueblo.